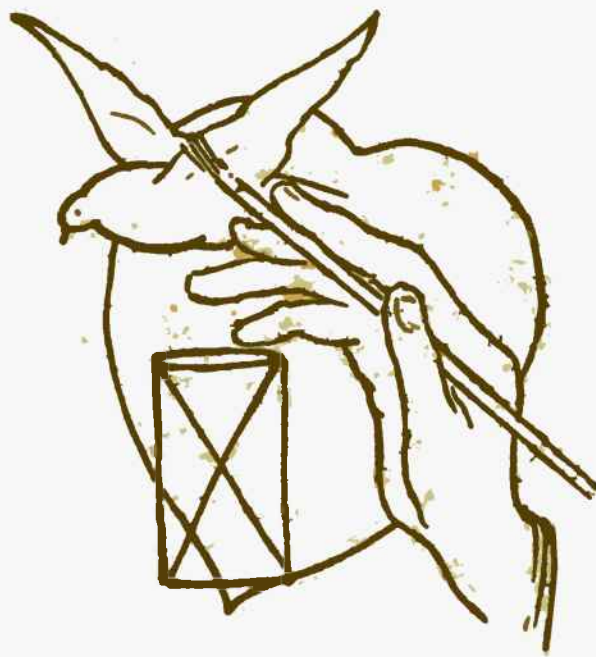


ALBERTO FERNANDES LEYS

# DE SANTO

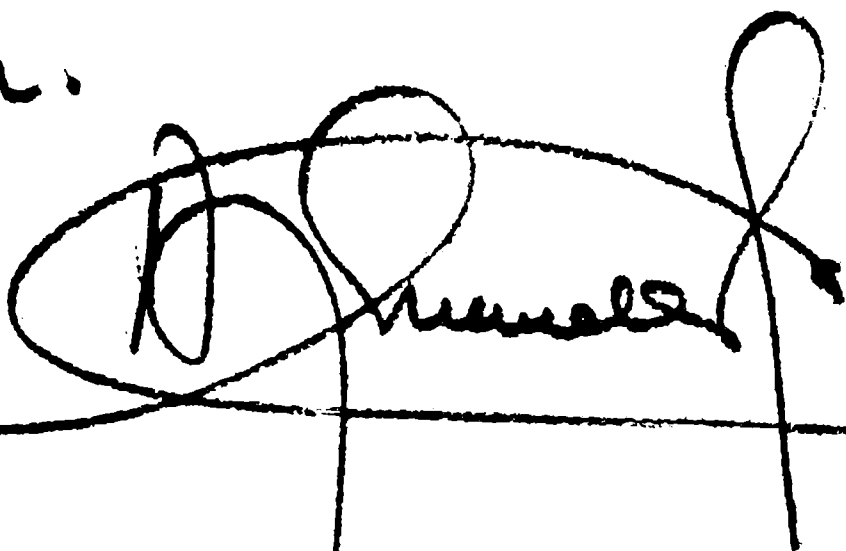
*y su Pintura Mural*



LA PLATA



A Oswald C. Durán,  
homenaje a las horas  
paternas pasadas en Co-  
mun.

A large, stylized handwritten signature in black ink, appearing to read 'Oswald C. Durán'. The signature is written over a horizontal line that extends across the page.

3/30/49.



# DE SANTO Y SU PINTURA MURAL



*ALBERTO FERNANDES LEYS*

# DE SANTO

*y su Pintura Mural*

LA PLATA

**Es propiedad.**

**Queda hecho el depósito que fija la ley.**



DEDICO

*A los Míos*

*A Marianita y Yaque Grasso*

*A Jaime Sureda*



*La obra de arte es el fermento de una emoción que el artista propone. El público dispone de ella; pero hay que amar.*

ODILON REDON

*Una obra de arte es el resultado único de un temperamento único. Debe su belleza a que el autor es lo que es, y nada tiene que ver con el hecho de que otros tengan necesidad de esto o aquello.*

OSCAR WILDE



## DOS CARTAS

*A manera de prólogo*



**E**N ocasión de haber alcanzado al señor Rodolfo Oyhanarte, en su carácter de Director de Cultura, Biblioteca y Publicaciones de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, fragmentos del material que compone el libro para ser insertos en la Revista de Educación, a su cargo, recibimos dos cartas expresivas que, con autorización de aquél, le sirven de prólogo.

*Dicen así:*

*“La Plata, 24 de marzo de 1948. — Señor Alberto Fernandes Leys. Presente. Distinguido amigo: Mil gracias por su bello y original trabajo sobre De Santo. Sé cómo ha llegado Vd., a fuerza de voluntad y coraje, a ser un hombre completo por dentro y por fuera. Sé de su cultura y de su sensibilidad. Y, naturalmente, en esa crónica vívida y entrañada de la vida, el destino y los ideales del artista, va Vd., sin proponérselo, haciendo su propia inevitable biografía. Y, entonces, déjérase que las palabras sangran.*

*“De Santo es sin duda alguna uno de los plásticos mejor dotados de América, y uno de los trabajadores más incansables y constantes de la pintura argentina. Además, el artista y el hombre, se funden en una misma cosa integral y lograda, que se enaltecen y afirman, sobre la verdad de un ideal elevado, asumido plenamente frente a la vida y el destino del hombre.*



*“Desde ya le digo que las páginas de la Revista están a su disposición, y que yo me siento realmente feliz y honrado con firmas de tan alta jerarquía intelectual y ejecutoria moral”.*

*“La Plata, 5 de abril de 1948. Señor Alberto Fernandes Leys. — Le agradezco íntimamente sus cariñosas palabras, tan suyas, por penetrantes y hondas.*

*“Accedo complacido a la publicación que Vd. me pide, pero nada más que con el sentido simplísimo que tienen esas líneas, destinadas únicamente al acogimiento propicio de la intimidad del amigo. No obstante, si pueden ser al propio tiempo, así sin pretensión literaria ni trascendente, para señalar la presencia de dos espíritus afines, luminosos y singulares, habrá sin quererlo perfeccionado su índole.*

*“Tal vez no corramos, como Vd. lo piensa, una común aventura, sino más bien una armoniosa ventura del corazón, y habremos ganado ambos, por lo antiguo y lo perdurable, el sentimiento de una amistad total, ya que la amistad es, podríamos decir con Shakespeare —cuando se refiere al sueño— el manjar más dulce que se sirve en el banquete de la vida”.*

DE SANTO  
*Y su pintura mural*



**L**A pintura argentina debe a un hecho accidental, la presencia de uno de sus valores más puros. En los años iniciales de este siglo, un barco de ultramar ponía su proa en demanda del puerto de Buenos Aires. Llegaba cargado de inmigrantes y de esperanzas... Argentina —¿qué?— Buenos Aires, tenía para la ansiedad de los inmigrantes, la sugestión de la tierra prometida. Y cuando Buenos Aires era, desde el barco y en

la línea del horizonte, un magro punto de referencia, los pasajeros —ávidas las pupilas— se apretaron contra la borda en la primera mañana argentina. Empero, no estaban todos en la borda aquella mañana primicial. De las bellas mozas italianas que arribaban, una no había de ver levantarse, a sus ojos ansiosos, la capital argentina, como apareciendo en un milagro. Otra muy distinta era su dicha, pues sin haber alcanzado nuestras playas, en aguas jurisdiccionales, hallaba a su hijo argentino. Ya tenía un derecho legítimo para entrar al país. Sin haberle dado éste otra cosa que esperanzas, ella pisaba nuestro puerto con un niño argentino, Es decir, devolvía esperanzas con esperanzas...

Este hecho accidental parece haber signado la vida y la obra de Francisco Américo De Santo. Su madre —como sospechando en el niño la que más tarde ha-

bría de ser su pasión continental— quiso llamarlo Américo. (América era, para la madre, su largo sueño y sería su residencia definitiva). El que había de ser enamorado de la tierra, hubo de nacer sobre el agua. Su primer vagido lo recogió el estuario. La tierra, en cambio, habría de ofrecerle rumbos a su pasión andariega y darle a su paleta la luz y el color del paisaje campesino. Lo demás, lo pondría el hombre. Y el hombre, que no nació baldío de emociones, no se malogró en la esperanza, Nuestra pintura sabe de su pasión creativa, de su voluntad de trabajo y de su vigorosa concepción filosófica.

Es ya, por el rigor de su obra, uno de los primeros muralistas argentinos.

El trabajo constituye la pasión artística y el fundamento moral en la obra

densa de Francisco A. De Santo. No hay pues para él más realidad que la del hombre. El arte que no vaya a su encuentro, habrá nacido baldío de emoción porque estará exento de palpitaciones vitales. Nada existe más allá del hombre, en el artista y fuera del artista. De modo que las manifestaciones múltiples de la vida en la comunidad han de hallarse en la total expresión del amor al hombre. Será preciso descubrir en ese amor el amor por la vida, que la es la manera de acercarnos y de confundirnos en la expresión última, que es la belleza para el arte.

La residencia del hombre en la tierra es un compromiso con la vida. No será más cálida la existencia que haya vivido más largamente sino aquella que revelare un intenso deseo de vivir. La vida es una obligación con la vida. El hombre la define por el trabajo. De suerte tal, que el arte verdadero es aquel que transita los terri-



torios del hombre y penetra en sus sueños más hondos.

La pintura de Francisco A. De Santo es una exaltación de la vida porque ha comprendido, con Elías Faure, que “el arte es el llamado al instinto de comunión con los hombres”. Y es una exaltación de la vida porque es una exaltación del hombre. De Santo no ha malogrado su tiempo en construir conceptos en torno a su arte. Fué derechamente a los hombres y a sus menesteres habituales y, conmovidos de vida, los llevó a sus lienzos, sentidores y humanos. Su filosofía —porque el arte de De Santo responde a una filosofía optimista— está revelada en la voluntad de vivir que alienta en sus creaturas. En la proximidad de sus murales el hombre se reconoce puro y libre, y recoge, de tal manera, el mensaje cálido de un mundo en el que los hombres viven para la vida

en el amor por la tierra y sus herramientas.

El artista verdadero es aquel que ama. La universalidad de toda obra de arte comienza y termina en el propio artista, y su perennidad reside en el hecho de que pintando para sí es como pinta para los demás. He aquí la entraña viva del pensamiento, el sentimiento y el espíritu del arte de De Santo. “Para mí —ha dicho— la pintura mural no es un medio. Es un fin. E insisto en ella porque estimo que es la manera más fácil de llegar a los ojos y al corazón del hombre...”

**E**N presencia de los murales en la delegación comunal de Los Hornos, podemos repetir con Guillermo Korn: “Hemos seguido la formación de Francisco De Santo desde sus primeros tiempos. Ahora podemos decir que este artista se perfecciona en el trabajo”. Bien es cierto que Korn tomaba como punto de referencia las pinturas murales realizadas en la Escuela y Colonia de Vacaciones de Punta Lara. Nosotros lo abarca-

mos hasta su reciente serie de murales en las delegaciones comunales de La Plata. Y aun cuando están realizados en un empeño sin pausa, es posible advertir la superación del artista tal como lo requiere el fresco y su dominio. Es evidente que la conformación del paisaje regional ha suministrado a De Santo ancho campo para la concepción poética de los murales en Los Hornos. Es preciso descubrir en esta circunstancia geográfica la superación de su genio creativo, vinculando a éstos los murales de Berisso y Ensenada. Desde luego, aquella superación penetra más en el talento descriptivo del paisaje y en la sagaz utilización de los elementos que lo componen que en el dominio técnico, donde, asimismo, acrece su pericia. Bien es cierto que, tanto Berisso como Ensenada, le ofrecieron un paisaje baldío en elementos de esencia poética como exigía la inspiración del artista. En aquella oportu-

tunidad,\* expresamos respecto a la obra “Los inmigrantes”: “Su nombre define el motivo desarrollado en el fresco, que ha compuesto con dos grupos de inmigrantes a ambos lados del mural y en primer plano y con un fondo de río en el que prevalecen los motivos de la zona portuaria”. En cuanto a “Los pescadores”, el fresco está resuelto sobre escasa porción de tierra y con solución de agua y cielo. La poca tierra es árida. No exige otra el pescador que consuma sus días navegando. Es decir que el pintor debió idealizar su obra con otros recursos sensibles: luz y color, y una mujer al fondo que despide a su hombre. Es evidente, por último —sin que ello importe subestimar el valor de aquellos murales— que los frescos de Los Hornos descubren el denso pensamiento del artista y afirman su rumbo por los caminos que van hasta el hombre.



**VAMOS** a explicarnos. En estos murales de Los Hornos, De Santo es fiel a sus conceptos filosóficos. (Faure le dijo en una ocasión a Diego Rivera: “Usted tiene razón al abstenerse de escuchar al filósofo profesional, y especialmente al abstenerse de seguirlo. Pero usted hace mal al temer pasar por un filósofo”. De Santo no lo teme ni ha intentado esquivarlo como, al parecer, quiso hacerlo Rivera. Eso está en

su naturaleza como lo están la forma, el color y el equilibrio). Junto con su concepción filosófica, subyuga en De Santo la armonía de la composición y los elementos de expresión simbólica utilizados en ella.

Veamos, por ejemplo, el mural compuesto en primer plano por grupos de labradores, de pie y agachados, con solución al fondo de una escena campesina en recogimiento de trigo. Todo el mural, en su síntesis simbólica, consigue revelar las preocupaciones cotidianas de los hombres y las mujeres del lugar: el predio cultivado y los productos de la tierra feraz. Logra, con ello, expresar el dulce poema de las faenas del agro. Es decir, la dignificación del hombre por el trabajo, ya sea arando, cultivando, recogiendo la cosecha u ordeñando, tales algunos de los elementos de composición de otro mural, en el mismo edificio.



Es preciso insistir, pues, en la hondura filosófica que ha privado en la temática de De Santo para comprender cabalmente la emoción humana de estos murales. Dentro de las motivaciones lugareñas que pudieron proporcionarle material para trasladar al fresco, el artista pudo —con otra sensibilidad— recurrir a la vestimenta tradicional del hombre del campo. O a las carreras cuadreras y de sortijas. O a las canchas de taba. Todo eso ha desechado el pintor porque su pasión más pura es el trabajo. Y porque él es un trabajador. De ahí que no le hayan preocupado, por lo menos en esta circunstancia, tipos pintureros u ociosos. Concibe al hombre como un trabajador, y está cierto de que el hombre perfeccionará su vida en el trabajo.

A ese campesino que se halla de pie junto a su familia, lo ha enaltecido colocándole una horquilla —su herramienta—

entre las manos. Todas las criaturas de De Santo tienen el gesto limpio y el cuerpo erguido. El trabajo no es para ellos una maldición. El hombre que lleva la bolsa —lo mismo que su bella compañera, portadora de la canasta— no aparecen agobiados por la carga. Ellos van en el trajín cotidiano, tranquilos, serenos, levantados, libres:

Hay algo más aún en la composición temática de De Santo, que ya es común a los murales que revisamos. Para él el hombre, con ser mucho, no es todo si no está acompañado de la mujer y el hijo. Y así como rechaza al hombre ocioso, sólo concibe al trabajador en la unidad de la familia, que compensa y obliga. El mismo paisaje —que recoge su retina de pintor pero que descubre el poeta—, no le expresa nada si en él está ausente el hombre. pues para De Santo la belleza es el paisaje con el hombre. Su devoción por él

la ha objetivado con ese sembrador que pasa por uno de sus murales como un símbolo perfecto de la vida para la vida...

El hombre, que viene de la libertad y marcha hacia ella, ha de encontrarse en permanente evasión de aquello que importe sometimiento. Por ello, las ropas de sus figuras son escasas. Siempre holgadas. De Santo puede decir como Goya: "Yo no veo más que cuerpos iluminados y cuerpos que no lo están; planos que avanzan y planos que retroceden; relieves y profundidades. Mi vista jamás descubre ni líneas ni pormenores. No cuento los pelos de la barba del individuo que pasa ni me fijo en los botones de su traje, y mi pincel no debe ver más que yo". Además, no aparecen en los murales de Francisco A. De Santo, las casas de los campesinos. Los hombres caben perfectamente en la

extensión de tierra que alcanza la línea del horizonte. No bajo techo. Siempre lejos de las cuatro paredes que pueden ser sus celdas. Por eso, en uno de los muros de Los Hornos se observan como elementos decorativos, dos ranchos, distantes de las personas y disimulados entre mirasoles y árboles, que casi los cubren. Entre ambos, cielo, tierra, sol y trabajo. La libertad plena, sin los elementos que recuerden a los trabajadores el menor principio de sometimiento. Tanto que ni la vaca ordeñada tiene puestas las comunes maneas. Y al ternero, que suele estar embozalado y prisionero a las extremidades delanteras de la madre, De Santo lo ha puesto dormitando bajo la protección de aquélla.

En la aparente arbitrariedad en que habría incurrido el artista —y que, como tal, le fuera señalada por vecinos de Los Hornos— es preciso hallar la personalidad sugestiva de De Santo. Conoce la

práctica y los hábitos del ordeño. Empero no estaba en el ánimo del artista trasladar al muro una escena común para los habitantes del lugar y que, en alguna manera, tuviese la mecánica fidelidad de una reproducción fotográfica.

Era otra su misión. Ceñido a sus convicciones más hondas, recreó en las paredes de la delegación municipal un paisaje de elementos propios, conmovido en la inspiración del artista, dueño de sus emociones y con una expresión que caracteriza su acento realizador. ¿Que en aquellos paisajes no es posible reconocer a Los Hornos? Eso importa tanto como la consagración del artista, porque aquellos no son los paisajes de un lugar determinado sino los paisajes de un creador, que es De Santo.

Al explicar su actitud, el pintor ha pronunciado estas palabras, que definen un

temperamento: “Necesitaba el ternero en la posición que ocupa en el fresco. Así concebí la escena. Por otra parte, yo no copio el paisaje, lo creo. Caso contrario, en lugar de pintor sería fotógrafo”

**BERTRAM** D. Wolfe —biógrafo de Diego Rivera— ha definido a José Clemente Orozco como un pintor escéptico pues no cree en la liberación del hombre dentro del régimen capitalista. En los murales más expresivos, el hombre se agita, lucha y muere en las trincheras. En cuanto a Rivera, ha dicho que pinta la sociedad ideal establecida por la revolución proletaria. De Santo sobrevuela estas concepciones de Orozco y Ri-

vera. Es más hondo y más cálido su denso pensamiento universalista. En los murales de De Santo, sus personajes no mueren ni esperan. Estos residen en tierras libres de América, sin látigos de encomenderos ni alambrados propietarios, y en un ámbito ideal que supera soluciones económico-políticas que amparan nuevas y más terribles formas de opresión.

Ni autoritarismo ni propiedad. Ni látigos ni alambres. No la libertad para el desorden sino la libertad para el trabajo, que es la ley de la vida.

De Santo es un creador. Fiel a las exigencias de su arte, responde a la voz de su conciencia insobornable. “Nuestra misión —supo decirme— es idealizar la vida”. El muralista debe responder a ese mensaje de solidaridad. En el mural no se pinta para un grupo o para una generación. Por lo mismo, esta pintura debe carecer de complicaciones. Debe ser di-



recta sin necesidad de ser realista. Porque las complicaciones, en pintura, son problemas que debe zanjar el artista, no quien observa la obra. El hombre rechaza, por instinto, lo oscuro y lo complicado que a veces emboza la medianía. E insistiendo en torno a tal posición, Francisco A. De Santo respondió a una encuesta de la siguiente manera: "El drama del hombre es parte principal en el sentir del pintor, por eso éste vive luchando su vida, trabajando, sufriendo, vive intensamente todos los momentos de la existencia, para hacer con ello la columna vertebral, fibra de su obra".



*POR* lo demás el pintor ha conformado, en los murales de Los Hornos, el gozo estético, sin el cual no hay obra de arte verdadera. El dominio del color le ha permitido jugar, en el más pequeño de los murales, una combinación de motivos que, por lo diversos, exigen la pericia del artista. Es preciso observar detenidamente ese paisaje campesino realizado en amarillo con la prodigiosa naturaleza muerta del primer pla-

no y estimar la unidad de la obra. El color, pues, está en relación directa con la serenidad que campea por los rostros de los trabajadores, habitantes de un mundo ideal en el que no mora la risa ni el llanto.

Es preciso detenerse en este detalle de la pintura de De Santo para reconocer el acento de su filosofía vital: sus personajes no lloran ni ríen. Resuelto a idealizar la vida, ha comprendido que el dolor aniquila al hombre y que, en tanto trabaja, éste no ríe. La risa es posible en el ocio. No niega la risa. No se puede negar la risa cuando se ama la vida. De Santo quiere que el hombre tenga motivos para reír, ninguno para llorar. De tal manera que, en sus telas, cuando el hombre no trabaja, piensa. No hay tiempo pues para reír. Ni para sonreír. No sonríen, tan siquiera, los niños. ¿De Santo ha suprimido la risa en

los niños? Aún en juegos, los niños que pinta De Santo tienen una actitud grave. ¿Es que hay algo más serio que el juego de los niños? El niño, hasta cuando juega, es un creador.

En esa gravedad optimista de los niños retoza, sin embargo, el espíritu inflamado de la vida que es la suprema síntesis en la obra de este artista enamorado de la vida de su vida.

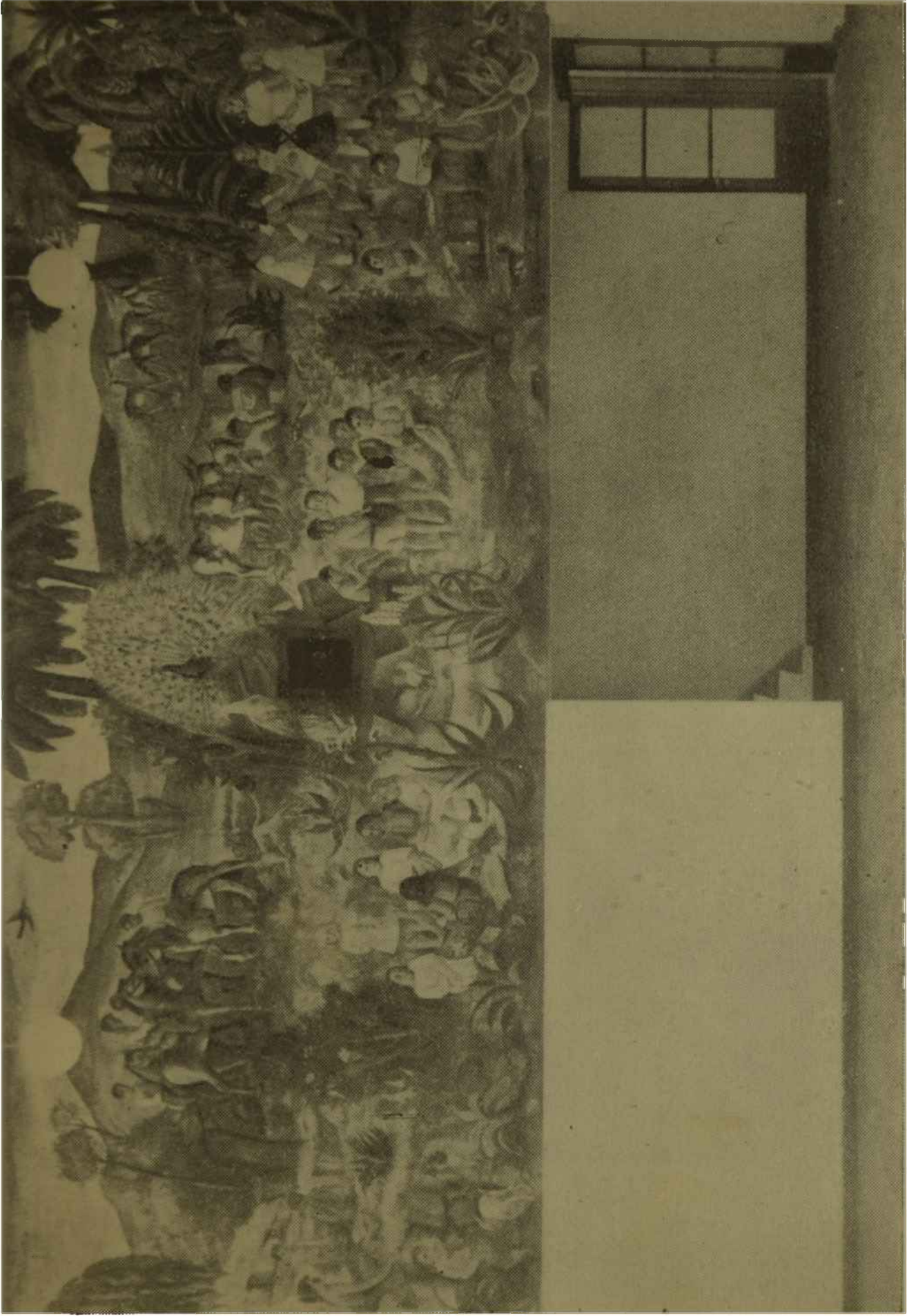


# ILUSTRACIONES



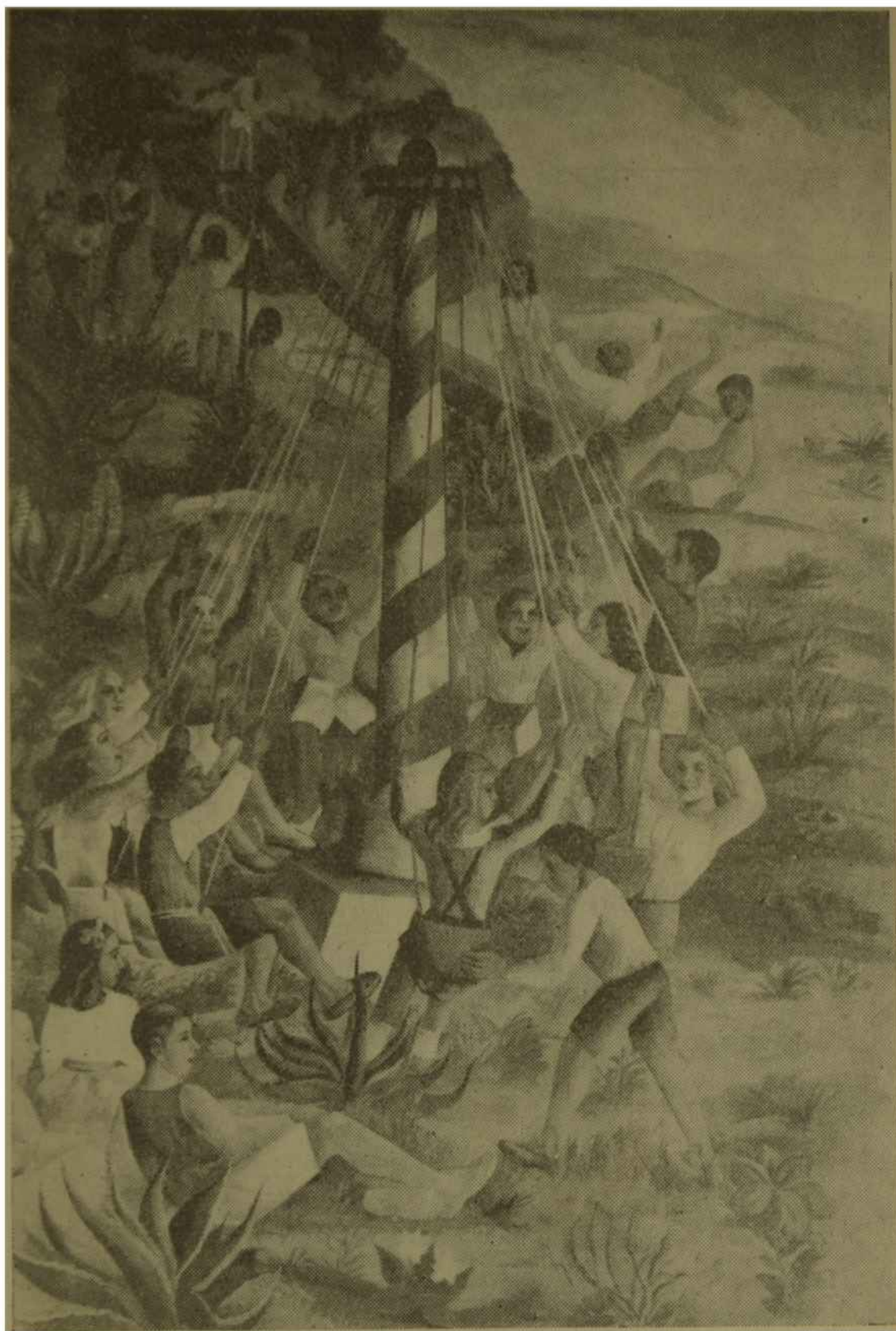


**I** NIÑOS EN JUEGO  
*Colonia de Vacaciones, Punta Lara*





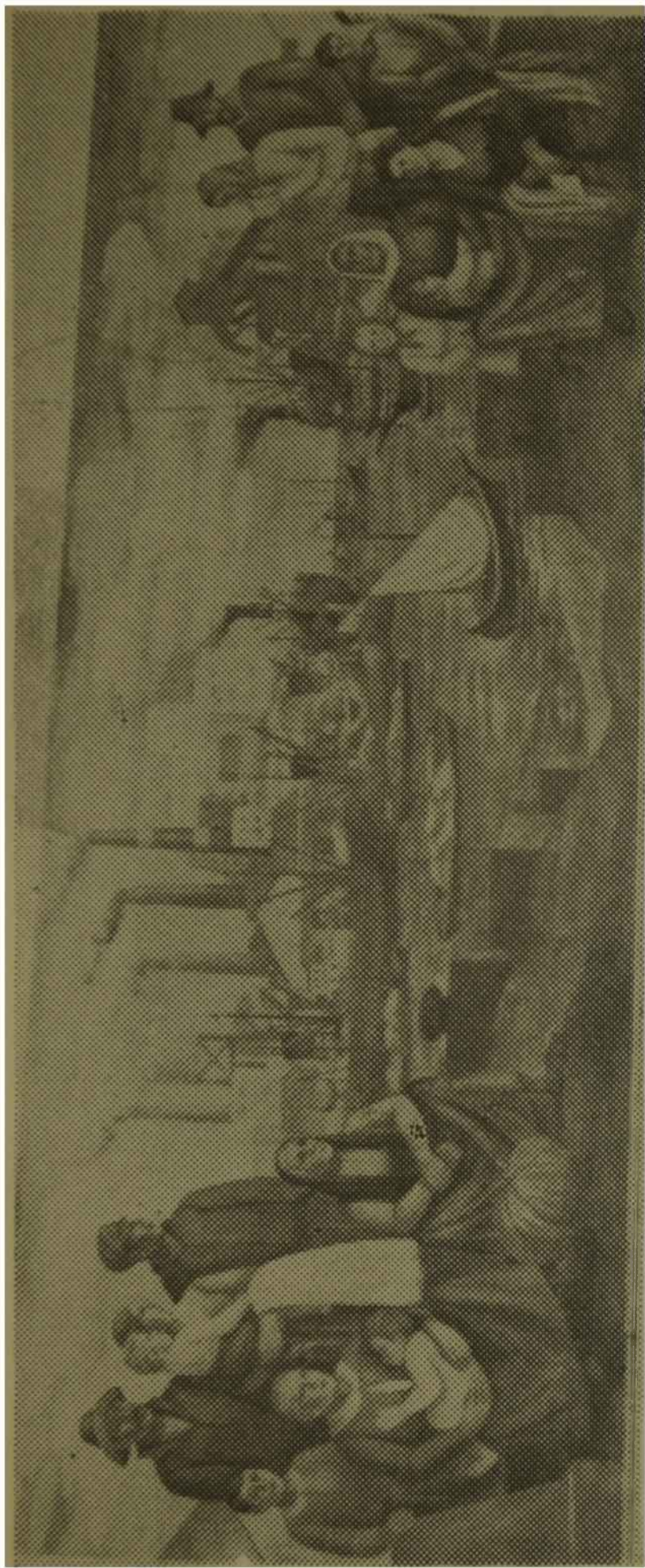




**II** EL TIOVIVO  
*Colonia de Vacaciones, Punta Lara*





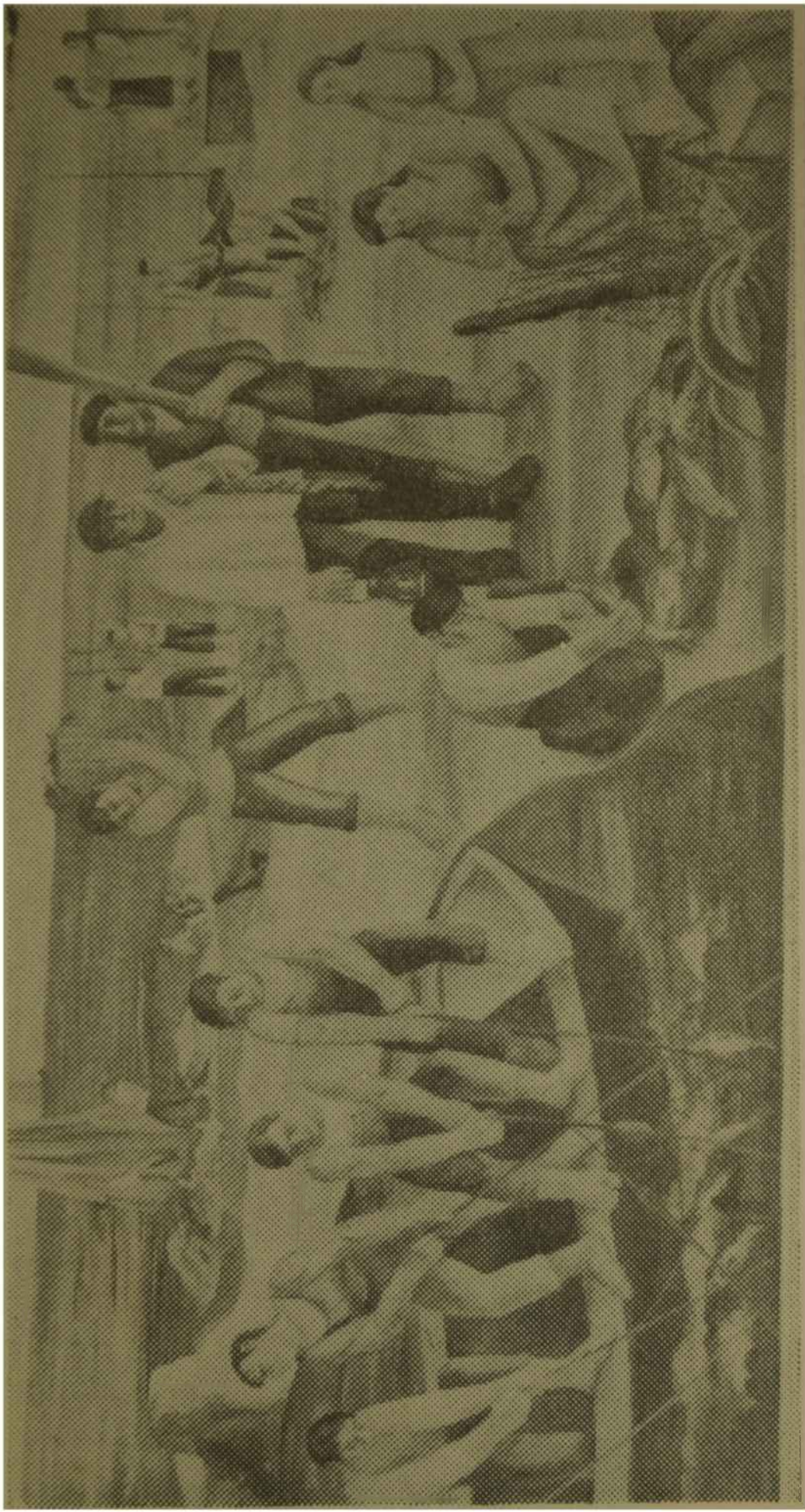


### **III**

**LOS INMIGRANTES**  
*Delegación Municipal, Berisso*





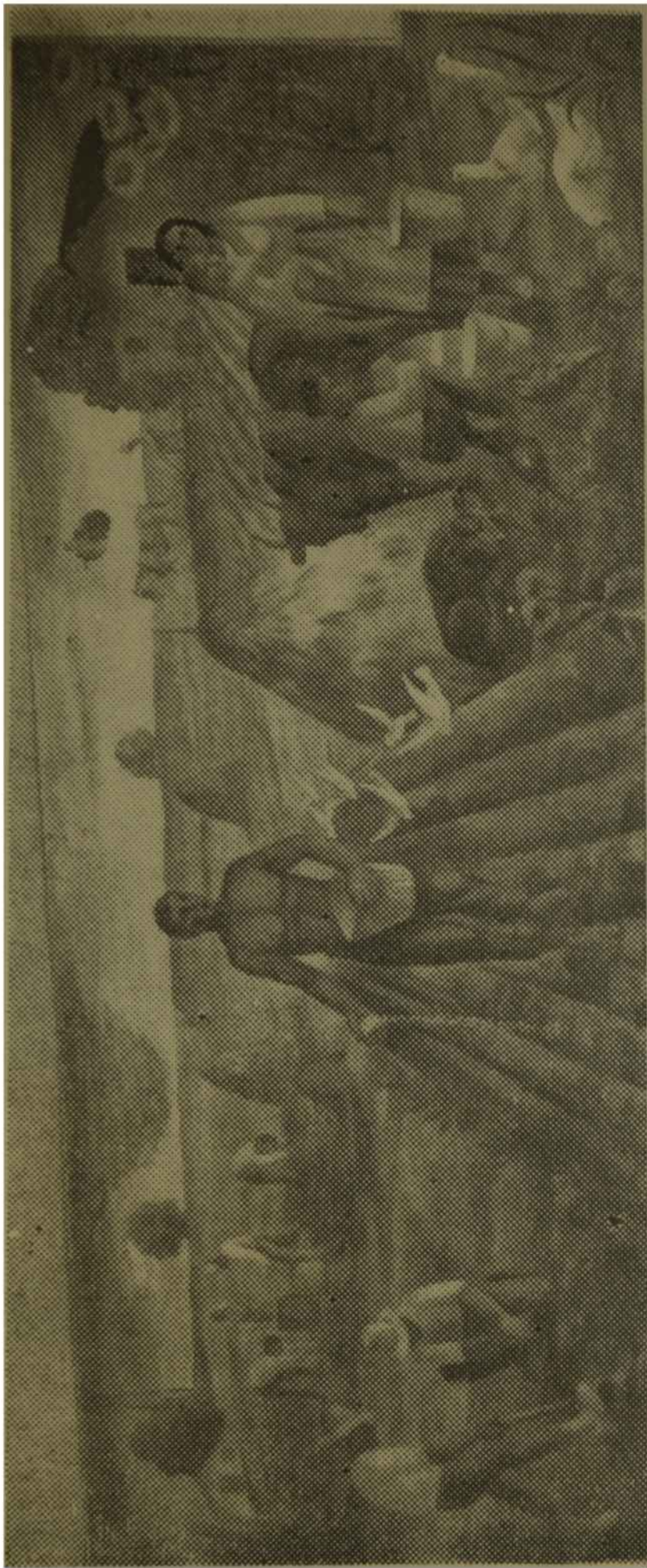


# IV

LOS PESCADORES  
*Delegación Municipal, Ensenada*







**V** EL SEMBRADOR  
*Delegación Municipal, Los Hornos*







**VI** LABRADORES  
*Delegación Municipal, Los Hornos*





VII ESTUDIO  
*Para Murales*





VIII ESTUDIO  
*Para Murales*





# INDICE



Dos cartas a manera de prólogo	11
De Santo y su pintura mural	17

<b>ILUSTRACIONES</b>	<b>45</b>
----------------------	-----------

Niños en juego	47
----------------	----

El tiovivo	49
------------	----

Inmigrantes	51
-------------	----

Pescadores	53
------------	----

El sembrador	55
--------------	----

Labradores	57
------------	----

Estudio	59
---------	----

Estudio	61
---------	----

Colofón	67
---------	----



Este libro se terminó de imprimir el 24 de marzo de 1949, en los Talleres Gráficos El Sol, 49, 729, La Plata, bajo los cuidados y labor tipográfica del autor, y con la intervención de las siguientes personas: *Héctor L. Luna y Manuel B. Blanco*, linotipo; *Juan M. Carnero y Marcos Brescacini*, prensas; *Zacarías Gill*, platina; *Justo Alberto*, encuadernación y *José Luis Aguirre*, encargado.

*Viñeta*

Francisco A. De Santo

